

De la epistemología a la imaginación poética

FANNY ENRIGUE

El interés de Gastón Bachelard por el estudio de la imaginación comienza a manifestarse a partir de 1938, año en que se publican dos obras claves para la comprensión del posterior desarrollo de las investigaciones del filósofo francés: una, *La formación del espíritu científico. Contribución a un psicoanálisis del conocimiento objetivo*, y la otra, *El psicoanálisis del fuego*.

En la primera se propone analizar —tanto a nivel histórico como individual— las condiciones psicológicas del progreso de la ciencia. En dicho estudio, considera que el problema del conocimiento científico debe plantearse en términos de obstáculos: “Se conoce en contra de un conocimiento anterior, destruyendo conocimientos mal adquiridos”, pues en definitiva, en el terreno de la ciencia “todo es construcción”.

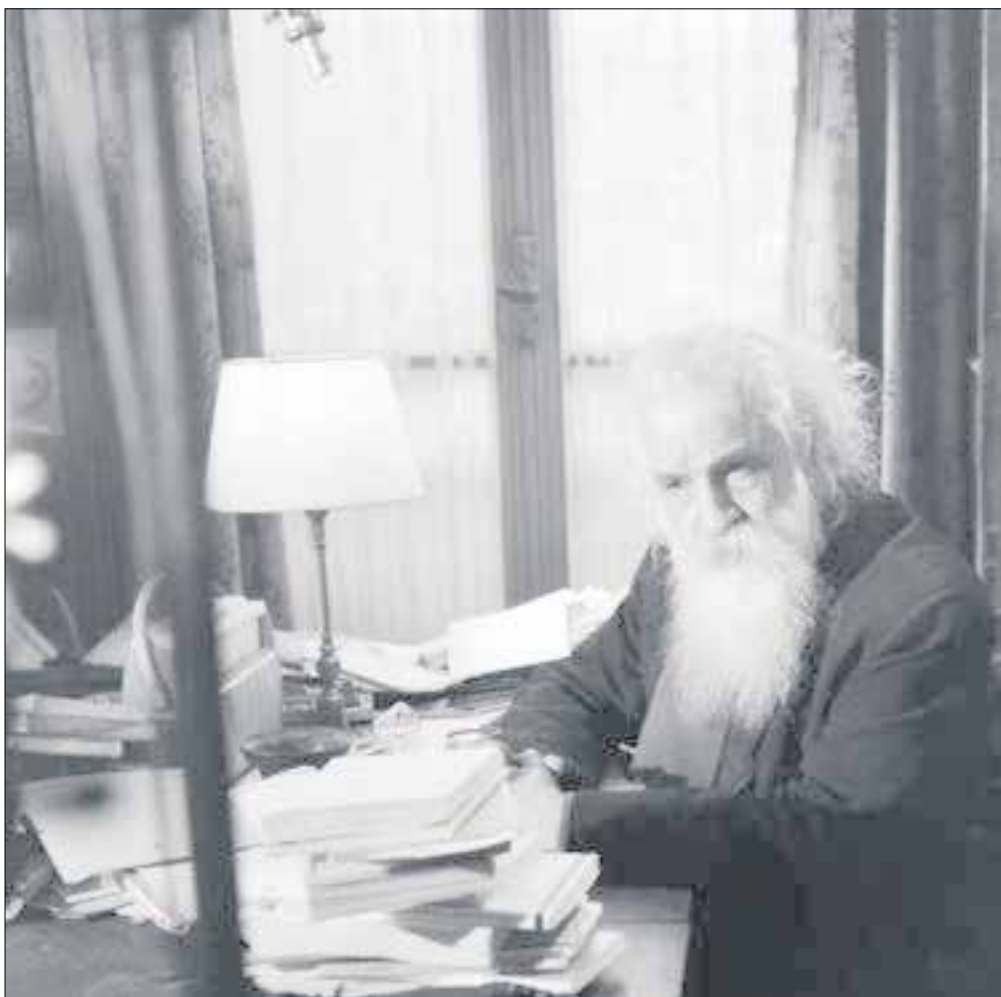
Identifica, entonces, numerosas trabas que deben ser exorcizadas si se busca seguir la línea de la racionalidad; trabas que portan el peso de valores no discutidos, no sometidos a crítica y que, bajo el falso aspecto de objetividad, apuntan sobre todo a una experiencia subjetiva. Son abundantes los ejemplos que toma de los libros científicos de los siglos XVII y XVIII; y aun cuando sitúa en 1905 lo que denomina la era del nuevo espíritu científico (momento en que “la Relatividad einsteniana deforma nociones que se creían fijadas para siempre”), hace énfasis en la necesidad de una catarsis afectiva e intelectual a que deben someter-

se constantemente —sin que dicha labor pueda considerarse definitiva— las nociones y conocimientos adquiridos, tanto a nivel del individuo como de la colectividad.

Con la finalidad de indagar la acción de esos valores inconscientes en la base misma del conocimiento empírico y científico, Bachelard emprende la escritura de *El psicoanálisis del fuego*. Encauza el análisis a dicho elemento, puesto que lo considera como “el primer fenómeno sobre el cual el espíritu humano haya reflexionado”.

A pesar del objetivo inicial de denunciar aquellas imágenes nocivas para el pensamiento científico, a lo largo de las páginas de la obra que comentamos, éste se va a modificando. No en cuanto a la consideración de lo pernicioso que resultan dichas imágenes para la ciencia, sino en lo relativo al papel que ellas juegan en otro ámbito: el de la palabra poética; pues, “lo que es artificio para el conocimiento objetivo, es real y activo para las ensoñaciones inconscientes”.

El psicoanálisis del fuego termina por ser, no ya la ilustración de las tesis que había sostenido en *La formación del espíritu científico*, sino la propuesta de un espacio de análisis autónomo para esas imágenes, la incorporación de un ámbito nuevo de estudio, cuyo eje central será la imaginación poética. Tal viraje en sus concepciones, es visto por ciertos autores —Gagey y Ramnoux— como una seducción y consecuente celebración acrítica de la imaginación. Otros —Augras, Margolin—, en cambio, señalan la apertura ha-



▲ Foto: Archivo

Siempre en el límite de lo especulativo, Bachelard propuso un acercamiento teórico para explicar los asuntos cuasi intangibles de la ciencia y lo poético, logrando en todo caso libros maravillosos como los alimentos que nutren el espíritu y la carne

cia “un modo específico de conocimiento del mundo y de nosotros mismos”, según escribe el primero.

Son numerosos los debates en cuanto a esta bifurcación: desde quienes piensan en la totalidad de su obra como un dualismo, con dos polos irreconciliables, hasta los que, como Ramón Xirau, establecen que el lenguaje representa el punto de unión entre ambas aparentes mitades.

Independientemente de ello, a partir de sus estudios sobre el fuego, en las obras siguientes (*El agua y los sueños*, *El aire y los sueños*, *La tierra y las ensoñaciones del reposo*, *La tierra y las ensoñaciones de la voluntad*), la imaginación material constituirá el eje de análisis. Bache-

lard busca entonces determinar “las condiciones objetivas de la ensoñación”, como si fuera la base de una física o de una química.

Tal método fue afinándose y tomando nuevos derroteros a lo largo de sus escritos, de modo que, casi al final de su vida, escribía que: “Pensaba que debía estudiar las imágenes tal como tenía el hábito de estudiar las ideas científicas [...] No advertía cuán paradójico era estudiar ‘objetivamente’ los vuelos de la imaginación que introducen lo inesperado hasta en el lenguaje. [...] Hoy, después de tanta labor quería volver a escribir todos mis libros [...] Desarrollaría entonces una doctrina de la espontaneidad...”. *

ensayo